

REY.  
Que hagáis borrar

que de un oficio fueran  
den, señor, á las puertas  
Los escudos de sus torres,  
Tanto en herido, y así  
Mi mano en el pecho  
Á la guerra, que es har-  
Capitán, como en la  
D. GUTIERREZ  
(Sí la de...)  
Mas mira que ya habido  
En sangre, Leonor.  
D. LEONOR  
que no me admita  
D. GUTIERREZ  
Mira que me admita  
De mi honor...  
La ciudad  
D. GUTIERREZ  
Dura con ella  
Mi vida, en estado mala.  
D. GUTIERREZ  
Pues con esa condición  
Te la doy. Con esto acaba  
El Médico de su honra,  
Perdonad sus muchas faltas.

En el castigo del ofendido hecho al honor del marido se resalta en esta comedia castellana. Ya el...  
En la...  
ganza, el...  
honor, y obediencia al...  
para pasar el Tajo, cuando llega á la mitad del río, le asesina, y luego simula estar queriendo para que se le crea ahogado. Á su vuelta, refiere á su mujer la muerte del amante, como cosa que supone debe serle indiferente, y cuando se ha gozado en el dolor reprimido de la desgraciada, la deshebra y pega fuego á la casa, á fin de que parezca que ha perecido en el incendio.

En la...  
ganza, el...  
honor, y obediencia al...  
para pasar el Tajo, cuando llega á la mitad del río, le asesina, y luego simula estar queriendo para que se le crea ahogado. Á su vuelta, refiere á su mujer la muerte del amante, como cosa que supone debe serle indiferente, y cuando se ha gozado en el dolor reprimido de la desgraciada, la deshebra y pega fuego á la casa, á fin de que parezca que ha perecido en el incendio.

En estos y otros horrosos semejantes se da el nombre de honor y son aporados; y el rey Don Sebastian, no solo deja que el asesino, sino que le aplaude y premia. Una farsada estaba por la exageracion la idea del honor en un mundo que no conoce término medio.

Como el fondo de los dramas de Lope de Vega, verdaderos retratos del carácter espa-

ñol, la pasión de los celos, por efecto de la cual la mayor afrenta de una amiga, de una esposa, de una hermana, recae en el amante, en el marido, en el hermano, que la lavan solo con sangre. Per lo demas, no se comprende que se vayan con tan general galantería citas nocturnas, damas enmascaradas, intrigas y astucias que de todo tienen menos de delicadas. Ni al mismo tiempo cuentan nada los asesinatos y los tormentos.

El honor, que en los dramas españoles desempeña el mismo papel que la fatalidad en los griegos, es el eje sobre que gira *La discreta enamorada* de Lope. La escena pasa en Portugal en el reinado de Alonso III (1248-79); y el protagonista es Don Juan de Meneses, favorito de dicho rey, y rodeado de mil asechanzas por cortisanos envidiosos. Al comenzar el espectáculo, se posa con Tello, su escudero, aguardando á que salga de la iglesia Doña Ana, prima y amante suya. En esto llega, guiado del mismo escudero, su rival Don Nuño con Don Ramiro, su amigo. La dama, al salir de la iglesia, deja caer un guante, y ambos acuden á recogerlo, se traban de palabras, se amenazan, están á punto de desafiarse, cuando Doña Ana se decide á favor de Nuño contra el muy amado primo. Una vez separados, vuelve á justificarse con Meneses de haber mostrado preferencia hácia el otro por evitar un lance.

La segunda escena (pues en el teatro español la escena no se muda con la entrada ó la salida de un personaje, sino con el cambio de todos) representa el consejo de Estado del rey Don Alonso, coronado por una facción que había depuesto á Don Sancho, su hermano, príncipe negligente é inepto para el reino. Habíase casado con Don Alonso Matilde, heredera del condado de Boulogne, la cual contaba cincuenta años, cuando él era un joven; y como no había podido casarse con la hija de su abuelo, se había casado con la hija de su abuelo, y como no había podido casarse con la hija de su abuelo, se había casado con la hija de su abuelo. La tercera escena representa el momento en que Don Alonso, Nuño y Ramiro instan al rey á que pida al papa Clemente IV un divorcio; Meneses, por el contrario, quiere que lleve á en la idea de la que le había servido cuando él estaba en destierro. Alonso corta la disputa que se suscita entre Nuño y Meneses, y quedándose á solas con este último, prohibido ya por él en tiempos anteriores, le dice que estaba dispuesto á divorciarse y casarse con Beatriz, hija de Alonso X de Castilla, que le traería en dote el reino de los Algarbes. Al efecto, nombra embajador á Don Juan de Meneses, encargándole que parta aquella misma noche y con el mayor secreto.

Don Juan le confiesa el dolor que siente al separarse de su prima Doña Ana, precisamente cuando le puede ser quitada por un rival, y Alonso le ofrece vigilarla. Sin embargo, Don



LOPE DE VEGA

Garnier frères Editeurs

Imp. Saizain, rue Gt-le-Cœur, 8, Paris.

Juan, no fiándose del todo, ordena á Tello que ronde de noche la calle de su amada; pero, fiel al secreto, parte sin despedirse, y falta á la cita que Doña Ana le había dado para aquella noche.

Meneses hizo bien en recomendar á Tello que rondase; pues por la noche, Nuño, Ramiro y el escudero Rodrigo se acercan á la casa de Doña Ana, cabalmente en la hora que ella tenía destinada para Don Juan; de modo que toma á Nuño por este.

Tello descubre con arte sus nombres, pero no se atreve á atacarlos, por ser él uno y ellos tres. En tal momento, aparece al principio de la calle el rey, que quiere cumplir su promesa y vigilar á la amante de Meneses. Tello, no conociéndole, le pide socorro, y aquí se presenta una escena de caballería que, aunque bastante extraña, posee una verdad original.

TELLO. (*Aparte.*)

Allí he visto un caballero  
Que repara en estas rejas.  
Quiérome llegar á hablarle,  
Aunque atrevimiento sea.

REY.

¿Quién va?

TELLO.

Detened la espada;  
Que un hombre á pediros llega  
Una merced.

REY.

A estas horas  
Y en tan oscuras tinieblas  
¿Quién hay que mercedes haga?

TELLO.

Quien ser hidalgo profesa.  
Vos lo sois; que bien lo dice  
Vuestra gallarda presencia.

REY.

Hidalgo soy, á Dios gracias,  
De conocida nobleza.

TELLO.

Ya sabréis las leyes todas,  
Y que es la primera dellas  
Defender los agraviados.

REY.

Como fueron las ofensas.

TELLO.

Por abreviar, ¿tenéis ganas  
De acuchillaros?

REY.

No sea  
Que seas de esa cuadrilla,  
Viendo que la capa es buena...

TELLO.

No, por Dios, no os alteréis.

REY.

Pues ¿qué queréis?

TELLO.

Estas rejas  
Tienen un ángel, que sirve  
Un hombre de buenas prendas.  
Está ausente, hame dejado  
Por perdida centinela.

Son tres, soy uno; ya véis  
Que es mucha la diferencia.  
¡Vive Dios, si me ayudáis,  
No mas de porque me teman,  
Que les he de dar mil palos!

REY.

No sé qué os dé por respuesta.  
Por lo que soy caballero,  
Me obliga el nombre por fuerza;  
Pero es poca discreción  
Meterme en causas ajenas.

TELLO.

No temáis; que ¡vive Dios!  
Que no mas de con que vean  
Que no soy solo, yo basto  
Para tres y para treinta!

REY.

No temo yo, ni en mi vida  
Tuve temor; mas quisiera  
Que no dijera despues  
Alguna enemiga lengua,  
Que aventurarse sin causa  
Un hombre es poca prudencia  
Mas si me decís quién es  
Quien en su lugar os deja,  
Palabra os doy de ayudaros,  
Y lo que viniere venga;  
Que aunque sé que es desatino,  
El ánimo que en mí reina  
Me obliga á sacar la espada.

TELLO.

Pues, por la palabra vuestra,  
Don Juan de Meneses es.

REY.

Muy en hora buena sea:  
Que soy muy amigo suyo.  
Llegad con gentil destreza,  
Y daldes dos cuchilladas.

TELLO.

Hidalgos, los de la reja,  
¿Qué están acechando ahí?  
Quitense della ó en ella  
Les daré de cabezadas.

D. NUÑO.

¿De la brida ó la jineta?

TELLO.

Del diablo.

D. RAMIRO.

Mataldo á palos.

TELLO.

¿Á quién, hidalgo? (*Pelean.*)

RODRIGO. (*Aparte.*)

Pelea

Como un Rodamonte el hombre.

D. NUÑO.

No quiero hacer resistencia,  
Por el honor de esta casa.

TELLO.

Gallina, disculpa es esa.

(*Vanse Don Nuño, Don Ramiro y Rodrigo.*)

REY.

¿No váis tras ellos, hidalgo?

TELLO  
Mil veces beso la tierra  
Adonde ponéis los piés.  
¡Pesia tal! si el rey os viera.  
Daros un hábito es poco;  
Enviaros puedo á Ceuta  
Por general.

REY.  
Hombre soy  
Que puedo estar á su mesa.

TELLO.  
¡Qué valientes cuchillas!  
¡Qué brio! ¡Qué gentileza!  
¿No podré saber quién sois?

REY.  
Si pudiera, os lo dijera;  
Pero id, cuando hay lugar  
Á palacio.

TELLO.  
¿Y con qué señas  
Os tengo de conocer?

REY.  
Si me dáis alguna prenda  
Que no os sirva, vos sabréis  
Quién soy yo cuando os la vuelva.

TELLO.  
Cosa aquí que no me sirva,  
No sé... mas ya se me acuerda.  
La bolsa nunca me sirve,  
Nunca tengo nada en ella.  
Véisla aquí.

REY.  
Pues ¿tan vacía?

TELLO.  
Señor, poco se maneja  
El dinero entre escuderos, etc.

Ya se colegirá que en el acto II el rey devuelve el bolsillo á Tello, dándose á conocer; de donde resulta una escena sumamente agradable. El rey le pregunta, si consentiría en recibir algun don, y Tello responde, que su padre, al morir, le habia ordenado le dejase la mano fuera del sepulcro, para que si alguno queria darle algo, pudiera cogerlo. El rey le asigna una renta, y la dignidad de alcaide de San Juan, á la cual estaba anejo el derecho de poseer las llaves de todas las fortalezas.

Entretanto Meneses conduce á Portugal á Beatriz de Castilla, la mas bella y amable princesa de su siglo, tan enamorada de Don Alonso como amada por este. Con la aprobacion del consejo de Estado se casan ántes de conseguir la dispensa de Roma. El amor de Alonso aumenta su gratitud hácia Meneses; le fia la direccion de todos los asuntos, y envia á dar con él á todos los que le buscan; lo cual añade nuevo incentivo á la envidia de los cortesanos, que traman suplantarle y procuran perjudicarle con mil engaños. Pero ántes Nuño trata de herirle en el lado mas sensible, y pide al rey la mano de Doña Ana. Tiene ya el consentimiento del padre; asegura que la misma Doña Ana le dará el suyo por escrito, y Don Juan

promete no oponerse, siempre que se le dé esta prueba de la inconstancia de su amada. Nuño, por medio de una supercheria, obtiene en efecto lo que parece ser el consentimiento, por escrito, de Doña Ana; pero, despues de haberse ensañado los celos de ambos amantes, se vuelven á ver, se explican y perdonan.

En el acto III, Nuño procura excitar los celos de Doña Ana, haciéndole creer que Don Juan ama á Ines, dama de honor castellana de la reina, mientras que Don Ramiro se dirige á esta, fingiendo que Don Juan le ha encargado la pida por esposa. Ines, como era de esperar, acoge contentísima la propuesta, habla de ella á la reina, y la noticia llegará por varios conductos á oídos de Doña Ana, abrasándola en celos. Vuelve á tener una explicacion con su amante; pero, en vez de aplacarle, le excita á desafiar á Nuño, pues mientras que solo su amor estaba comprometido cuando apaciguó la primera contienda, ahora los celos que la destrozan no la permiten ser prudente.

Sin embargo, ántes que Don Juan logre avisarse con Nuño, una nueva intriga de palacio le pone al borde del precipicio. La corte de Roma se niega á dar las dispensas para el divorcio del rey y su matrimonio con Beatriz; con lo que los príncipes están afligidísimos. La condesa de Boulogne, no queriendo deshacer el matrimonio, habia escrito á Roma oponiéndose al divorcio; pero los envidiosos presentan al rey una carta supuesta de la condesa á Don Juan, de la cual aparecia que estaban de acuerdo y que Meneses habia dañado al rey y á la reina en Roma. Alonso furioso, creyéndose vendido, manda prender á su amigo, y sin exámen, sin oírle previamente, quiere que muera, encarga á sus mismos enemigos que le prendan, y le cogen, en efecto, en casa de Ramiro. La escena de la captura es bella, y las palabras de Don Juan nobles y mesuradas.

D. JUAN.  
Obedezco del rey el mandamiento,  
No triste de perder del rey la gracia,  
Porque de mi verdad estoy seguro  
Que saldré de esta cárcel con victoria,  
Y será de Josef corona y gloria:  
Pero de no poder, Ramiro noble,  
Decirte las palabras que pensaba;  
Que tú me entiendes ya.

D. RAMIRO.  
Todo se acaba,  
Y esta prision se acabará muy pronto  
Y á responderte me hallarás dispuesto  
Siempre que tu quisieres.

D. JUAN.  
Pues yo tomo  
Esa palabra por consuelo mio.

D. VASCO.  
No es tiempo de tratar de desafío,  
Cuando por fuerza has de dejar la espada;  
Ni pienso que en el África bañada

Se vió de tanta sangre que amenace  
Caballeros que son como Ramiro.

D. JUAN.  
Vasco de Acuña, nunca yo me admiro  
De las adversidades de fortuna,  
Admirome de ver que estáis haciendo  
Lances los tres en mí, porque os parece  
Que el rey es hombre y que engañarle puede  
La envidia que tenéis de que me estima.  
Esta espada que os doy, bien sabéis todos  
Que en Coimbra sirvió y en los Algarbes,  
Si en el África no... Mas ¿qué me canso  
En dar satisfaccion á vuestra furia?  
Tomadla, y estad ciertos que esta injuria  
Me pagaréis muy pronto.

D. NUÑO.  
Á no estar preso  
No habláras tan soberbio.

D. JUAN.  
Nuño amigo,  
Ménos rigor.

D. RAMIRO.  
Camina alerta, guarda.

D. JUAN.  
¡Tello!  
Señor...

D. JUAN (aparte á Tello).  
Dirás lo sucedido.

Nuño como se ha visto, echa en cara á Meneses que se aprovecha, no de ser el mas fuerte sino el mas débil; reprension que solo se concibe en boca de un hombre delicado en materia de honra. Efectivamente, los traidores del teatro español no son nunca viles, como los del italiano; ni los espectadores soportarian una representacion tan humillante.

Doña Ana hace tanto que consigue poner en libertad á don Juan, valiéndose de Tello, el cual tiene las llaves de la fortaleza, y de Ines, que no teme arriesgar la vida por salvar al que cree su amante. Doña Ana y Meneses se divierten á expensas de Ines, y en cuanto el último se ve libre, en vez de tratar de justificarse, combate á sus enemigos con sus mismas armas, haciendo llegar á manos del rey cartas supuestas, por las que ellos aparecen los únicos culpables de las traiciones que le han imputado. El rey destierra á los enemigos de Don Juan, llama á este á su lado, y la alegría es aun mayor porque al mismo tiempo se recibe la noticia de que ha muerto la condesa de Boulogne, con lo que queda legitimado el enlace de Don Alonso y Beatriz.

La Vida del valiente Céspedes nos traslada al campamento de Carlos V. Céspedes, hidalgo de Ciudad Real, tenia fama de valentía y fuerza, no cediéndole en esto su hermana María. Antes de alistarse como soldado aventurero de Carlos V, habia desafiado á carreteros y mozos de cordel á luchar y levantar pesos, haciendo sus veces su hermana Doña María, cuando él no estaba en casa. Cabalmente, al principio del

drama, la encontramos á ella que lucha con dos carreteros y los vence, ganándoles los equipajes y unos cuarenta escudos; pero, reteniendo el dinero, les devuelve las mulas.

Don Diego, caballero enamorado de Doña María, se disfraza de aldeano, para lograr verse entre sus brazos. Deposita cuatro doblas; pero, mientras ella le estrecha, él prorrumpe en dictados amorosos, por lo cual Doña María comprende que no es lo que aparece; sin embargo, interesándole su galantería, le oculta á su hermano, que llega en aquel momento.

Al entrar Céspedes cuenta que á su amante le habia dado un clavel, y que habiéndose puesto en el sombrero Pedro Trullo, su rival concibió celos; siguióse, pues, un duelo, y como hubiese muerto á su contrario, venia á tomar algun dinero para pasar á Flándes. No bien salió, cuando llegó la justicia á visitar la casa. Doña María, considerándose ofendida, llama en su socorro á Don Diego; el cual da muerte á los esbirros, hiere al comisario y se refugia en una iglesia.

Entre tanto Céspedes llega á Sevilla con su escudero Bertran, y de paso ataca á fanfarrones y rateros, se enreda con cortesanos y arma pendencias; al fin quiere alistarse, pero en el juego riñe con un sarjento y le mata.

En el acto II le hallamos en Alemania, y ya en carrera; pero habiendo tropezado con un hereje en el palacio imperial de Augsburgo, le hizo saltar los dientes de un bofetón. Acudieron otros herejes; mas él mató unos diez é hirió á muchos, teniendo de consiguiente que dejar el servicio. El emperador le envió al capitán Hugo, asegurándole que ni él ni el duque de Alba le querian mal por aquel hecho, que al revés miraban como el mas grato entre todos los suyos. Céspedes, animado con la imperial aprobacion, jura que donde quiera que encuentre un hereje que no se arrodille delante del Sacramento, le desjarretará como á un toro, para que, de grado ó por fuerza, permanezca de rodillas.

Hugo, huésped y protector de Céspedes, tiene en su casa á una hermana, llamada Teodora, que se enamora de este, y huye con él de la casa paterna, y se hacen el amor á la soldadesca. Llega á Alemania Doña María de Céspedes, vestida de hombre, con Don Diego, que se obligó á acompañarla y obtuvo su cariño; pero que ahora quiere dejarla, porque Trullo, aquel á quien mató Céspedes, era su tío, y él se cree en deber de vengarle. Se dividen pues, y la despedida es de una ternura original. María lanza todo género de imprecaciones contra el infiel; pero de tiempo en tiempo se detiene y exclama:

¡Ah! quien dice injurias tantas  
Cerca está de perdonar.

Entónces oye á dos soldados murmurar de Céspedes, envidiosos de las recompensas dadas

á la fuerza personal, y calificándole mas bien de mozo de cordel que de guerrero; pero ella se encarga de su defensa, y mata á los dos atrevidos. Tratan de prenderla; mas Doña María no quiere rendirse sino al duque de Alba, el cual la manda encerrar en la cárcel, prometiendo que no tardará en premiar su valor. Ella, apenas se ve dentro, rompe la cadena, rompe los barrotes de la prision, y sale al aire libre.

Don Diego, una vez separado de Doña María, piensa en la venganza anunciada, y siéndole imposible resistir en duelo personal al forzado Céspedes, trama su muerte. Su escudero Mendo es el encargado de asesinarle, á cuyo efecto le da una pistola y le pone en acecho con veinte personas que le guardan las espaldas. Pero la pistola no da fuego, y Mendo dice á Céspedes que habia obrado así por mera prueba, y para inducirle á comprarla. Céspedes la compra; mas viendo que está cargada, conoce que han querido asesinarle, aunque no sabe de quién procede el golpe. Mendo refiere todo á Don Diego, y entretanto se oyen gritos anunciando que Céspedes ha salido vencedor de un torneo contra los mas valientes del campamento; llega coronado de laurel; el emperador le nombra señor de Villalar á orillas del Guadiana, y averigua que el asesinato tentado en su persona procedía del seductor de su hermana; pero por entónces no puede vengarse, distraído como se halla por el cuidado de las cosas públicas.

Carlos V quiere marchar contra el elector de Sajonia al otro lado del Elba, y Céspedes piensa solo en ensayarse contra los herejes. Algunas escenas tumultuosas muestran la licencia del campamento, con mas viveza y conexion que lo ha hecho Schiller en la primera parte del *Vallenstein*. Doña María y Teodora siguen al ejército vestidas de hombre; el escudero Bertran roba una campesina, y como todo el lugar se sublevase para reclamarla, Céspedes hace frente á los labriegos, matando á unos y ahuyentando á otros. Luego ofrece al emperador pasar antes que nadie el Elba á nado, y Bertran, Don Hugo y Don Diego se brindan á acompañarle; pues la vileza de un asesinato no es bastante á rebajar su heroísmo. Lo atraviesan, en efecto, é indican un punto vadeable, por donde el ejército pasa y derrota á los Sajones. Céspedes, sin conocerle, salva en sus hombros á Don Diego herido, y dejándole en sitio seguro, vuelve al combate. Doña María conoce á su amado, y perdonándole, le conduce á su tienda. El elector Juan Federico es hecho prisionero, como refiere la historia, solo que el honor se atribuye á Céspedes, y aunque el elector no ha despertado hasta entónces interes alguno, basta que el poeta siga fielmente la narracion histórica para que cautive los ánimos la constancia con que oye su sentencia de muerte, sin interrumpir por eso la partida de ajedrez.

Céspedes es nombrado caballero de Santiago;

pero, en la solemnidad de la iniciacion, sabe que su hermana está en el campamento, y que admite en su tienda y ama á aquel Don Diego que ha querido asesinarle. Fuera de sí, echa mano á la espada y corre con Bertran á tomar venganza; Don Diego y Mendo resisten, María y Teodora se interponen; el duque de Alba les intima que cesen, é informado del caso, desata el nudo casando á Céspedes con Teodora y á Don Diego con Doña María; en cuanto á Bertran y á Mendo, al primero le recompensa y al segundo le perdona.

Tantas muertes y por leves motivos no podian ménos de ejercer pernicioso efecto en un pueblo inclinado de por sí á la venganza, y el teatro español debió causar mucho mal, por las continuas astucias que en él campean, fraudes ó resistencia contra los magistrados ó la justicia, heroísmo de asesinos y bandidos.

El mismo Lope, exponiendo con aplauso las atrocidades cometidas por sus compatriotas contra los Americanos, ¿no debía disminuir su horror hácia ellas y excitarlos á cometer otras? Así en el *Arauco conquistado*, cuyo asunto está tomado del poema de Don Alonso de Ercilla, la lucha de los salvajes libres con los fanáticos conquistadores está presentada de un modo enteramente poético, pero Lope no tiene un latido de compasion para los padecimientos de los Americanos. El drama concluye con la muerte del magnánimo Caupolicán por el fuego.

Todos conocen la tragedia *Julieta y Romeo* de Shakspeare; así agrada ver como otro dramático romántico trató el mismo asunto, para lo cual analizaremos ligeramente el drama de Lope titulado *Castelvinos y Monteses*, que los Italianos llaman *Capuleti y Montecchi*. Estamos en Verona, delante del palacio de Antonio, jefe de los Capuleti, y Anselmo y Roselo, caballeros del otro partido, hablan acerca de la fiesta que se da dentro de aquellas paredes. Roselo quisiera entrar, esperando que el tiempo habria calmado la ira entre los Montecchi, famosos por sus valientes, y los Capuleti por sus bellas,

Cuyo modelo parece robado á los serafines;

y á pesar de los consejos de Anselmo, se disfrazaba y entra, en medio de las bufonadas que el miedo inspira á su criado Marino.

Pasamos á un jardin, donde hay damas, caballeros y músicos; Octavio enamora á Julia, hija de Antonio, y este y Tebaldo, padre de Octavio, gozan en la esperanza de unir á sus dos hijos; pero Julia no le corresponde. Roselo, que entró disfrazado, queda prendado de su hermosura, y en la conmocion que de él se apodera, deja caer la máscara. Antonio le conoce; mas Roselo tiene tiempo de declarar su amor á Julia y recibir de ella un anillo en señal de correspondencia. Á la noche siguiente

Roselo consigue escalar el muro y Julia consiente en casarse con él en secreto.

En el acto II turba su breve felicidad una pendencia que empeñan en la iglesia los nobles y que despierta los antiguos odios; los Capuleti sucumben. Pero Roselo, insultado por Octavio, y despues de esforzarse inútilmente en aquietarle, se ve obligado á combatir, y le mata. El duque Maximiliano, convencido de su inocencia, se contenta con desterrarle. Antes de partir, Roselo desprecia los peligros con tal de decir adios á Julia, y las tiernas expresiones de los dos amantes están interpoladas de chistes que el gracioso dirige á la doncella de Julia. Antonio los sorprende; pero Roselo y el criado huyen y Julia finge que ha ido allí á llorar á Octavio; el padre la elogia por ello y le dice que trata de casarla con el conde Paris, que ya la habia pedido, y al que ahora escribe anunciándole su asentimiento.

El criado, portador de la carta, encuentra á Paris en una magnífica quinta con Roselo, á quien habia salvado de una emboscada que le armaron los Capuleti, y al que participa la feliz noticia. Roselo, creyendo que Julia consiente, se desespera, y decide arrancar el corazón á la infiel.

En el acto III, no pudiendo Julia sustraerse de las instancias de su padre, se dispone á morir. Envía, pues, á buscar á Aurelio, el sacerdote que los casó, y que no sale nunca á la escena, aunque se le nombra á ménudo. Aurelio le manda una redomita que, dice, la preservará de todo mal. Julia lucha entre la esperanza y el temor, al fin bebe; no tarda en creerse envenenada, y cae en brazos de la doncella, recomendándole que si vuelve á ver á Roselo, le repita cuánto le amó.

Entretanto Roselo anda en Ferrara á caza de nuevos amores, y viendo dar una serenata á Silvia, despues que se han marchado los primeros, se pone á enamorarla, aunque de modo que da claro á entender lo que le preocupa otra. En aquel momento le encuentra Anselmo, y le refiere la verdad de lo acaecido, convenciéndose Roselo de cuán infundadas eran sus sospechas de Julia; pero Anselmo le consuela, descubriéndole que la bebida habia sido solo un soporífero, y que así debia apresurarse á arrancar del ataúd á su amada. Con esto se repone, si bien le agita el temor de llegar demasiado tarde, de que Julia, despertando en aquel horrible lugar, no muera de espanto; situaciones terribles, que echan á perder las bufonadas del gracioso.

En efecto, Julia se despierta en el sepulcro, y en un hermoso monólogo muestra la sorpresa, el terror, el amor, hasta que llega Roselo, y su reunion pone el colmo á su alegría. Huyen, y no sabiendo dónde dormir, se refugian en un castillo del padre de Julia, disfrazados, juntamente con Anselmo y el gracioso, de campesinos. En el interin el duque de Verona habia propuesto á Antonio, padre de Julia, casarse con una parienta suya, para que las muchas rique-

zas de su casa no se dispersasen entre varias familias, y Antonio va á celebrar la boda á aquel castillo. Vense, pues, los otros obligados á esconderse, habiendo ganado con dinero al ugiar, que sin embargo no los conoce.

Julia, oculta cerca del cuarto de su padre, le oye lamentarse de su muerte, y le habla: él la toma por la sombra de su hija, y esta le echa en cara la crueldad con que quiso forzarla á casarse contra lo que la dictaba el corazón. Es fácil de prever el desenlace, y muestra cuánta distancia hay de las complicadísimas intrigas de Lope á la severa sobriedad de Shakspeare.

El que desee dar á conocer á la Italia el teatro español, deberá traducir solo algunas escenas y hacer el análisis de lo demas de la obra.

Muchos dramas de Lope siguen la pauta de su *Molino*; es decir, se reducen á una intriga, en que un caballero y una dama que se aman, obligados á dejar la corte para librarse de la persecucion de un rey ó de un príncipe enamorado, se ocultan en una aldea disfrazados de campesinos, y despues de no pocos enredos acaban, como de costumbre, por casarse. Lo extraño de tales composiciones es ofrecer al poeta ocasion de hacer hablar con gracioso contraste el lenguaje de los campos á bocas elegantes, y colocar á estos supuestos rústicos frente á frente de los verdaderos.

De setenta á ochenta son los dramas de Lope, cuyo asunto está tomado de la historia nacional, y en ellos prodigó genio, pasion, elocuencia, poesía, todo aquel amor patrio que rebosa en el corazón de los Españoles.

La *Vida y muerte de Wamba* nos traslada al año de 672 en Toledo, capital del reino godo. Recesvinto, anciano rey, rodeado de los principales señores de la corte, habla de religion, de la piedad de los paganos hácia sus dioses, mientras que los Cristianos deberian tener mucha mas al Dios verdadero, y anuncia una campaña contra los Adrianos y los Pelagianos. Mientras se prepara á oír misa, el joven Atanagildo viene á referir un milagro sucedido aquella misma noche; la Virgen se habia aparecido al arzobispo Ildelfonso, y le habia dado una casulla. El rey acude á felicitar al prelado. En esta exposicion aparecen ya la indisciplina y ambicion de los señores godos, y principalmente del joven Ervigio, próximo al trono por su nacimiento y parentela.

De aquí pasamos á Galicia, á la pobre casa del campesino Wamba, que está para ir á Hircana, aldea vecina, donde debe procederse á nombrar un alcalde. El diálogo con Sancha, su esposa, revela su vida sencilla, sus modestos deseos, su piedad y el instinto guerrero de que está dotado.

De vuelta en Toledo, nos encontramos en la sala del consejo. El anciano Recesvinto ha muerto, dejando solo un niño, y los magnates se disputan la herencia del pobre huérfano. Ervigio tiene mas pretensiones, pero halla opositores; ya iban á venir á las manos, cuando